

le havia sobrevenido tal ímpetu de ir al Cielo, que no pudiendo reprimirle, havia quedado enagenado, como forastero de toda sensitiva pasion. Tratando en el mismo País con otro Religioso los medios que parecian mas oportunos para la estabilidad, y buen lógro de las conversiones, inculcó algunas palabras devotas, que no eran del intento. Con esto se le fue encendiendo el rostro poco à poco, y elevando los ojos al Cielo, prorumpió en la siguiente expresion: ¡ Ob Bondad! Quantos han muerto hasta el presente

en el Instituto, la lograron, y se los llevó Dios. Otros casos quedan ya referidos, que aluden à este mismo asunto. Pero muchos mas que los que han llegado à nuestra noticia, puede congeturar la piedad, con saber, que quando el V. P. estuvo à la muerte en el Colegio de Zacatecas, el año de veinte y tres, entre otras cosas admirables, le dijo muy tierno à su Confesor: *Gracias à Dios, que siempre me he mantenido con su ayuda en el interior Reyno del alma.*

CAPITULO VII.

GRACIAS GRATIS DATAS, Y DONES sobrenaturales con que Dios enriqueció al V. P. Fr. Antonio, para la utilidad común; y se refieren algunas curaciones milagrosas.

PARA referir algo de lo mucho con que el Espíritu Santo adornó à Fr. Antonio con gracias maravillosas, para espiritual, y corporal provecho de sus progimios, será preciso gobernarme

por la célebre division, que de ellas hace el Apostol San Pablo, tratando una por una de todas: bien, que por la multitud de prodigios no las podré ceñir à la brevedad de un Capitulo. Manifestó primeramente

el

el Dón de Ciencia, explicando los Arcanos Mysterios de nuestra Santa Fé Cathólica, con tal expediente, y claridad, que hasta los mas rudos, y cerriles quedaban brevemente instruidos en su inteligencia perfecta. No fue menos señalado en el Dón de la Sabiduría, y Entendimiento, segun las máximas de doctrina celestial, con que hablaba de los secretos de la Deidad, y dirigía por las deliciosas sendas del Parayso à las almas: de todo lo qual ya queda hecha mencion en varios de los antecedentes Capítulos, como tambien de su admirable, y excelentissima Fé, y asi tengo por demás el repetirlo con extension. Por lo mismo, pasaré à referir algunos casos, que demuestran la gracia de sanidad, que le comunicó el Señor, dandole virtud sobre las enfermedades, en testimonio de su gran merito.

Hallandose gravemente enferma, con peleña de todo el cuerpo, una Religiosa del Real Convento de Santa Clara de Jesus de esta Ciudad de Queretaro, negociaron las Religiosas, que entrase el V. P. Fr. Antonio à confesar, y consolar à la

enferma. No se escusó el Siervo de Dios de obra tan caritativa; y aunque por complicacion de los accidentes, tenia la doliente un tumor de vientre espantoso, que con sus vapores crasos la tenia sorda, quedando à veces como fuera de juicio, por los repetidos espantos que le sobrevenian, con todo se consiguió el que la confesase muy despacio, y con mucha dilatacion de su corazon afligido. Dijole despues sobre la cabeza, y vientre los Santos Evangelios, con otras devotas oraciones, que acostumbraba rezar para alivio de los enfermos, y se despidió, dejandolas à todas muy consoladas. Sucedió todo lo referido por la tarde, pero asi que por la noche le llevaron à la enferma la cena, se sentó por sí misma, sin saber como, y con tal expedicion, y agilidad de sus impedidos miembros, que dando un buelco para arriba, tocó el cielo de la cama con la cabeza, diciendo con alegres voces: *Ya estoy buena: Ya estoy buena.* Sin embargo de esta novedad estraña, las Religiosas que se hallaban presentes no daban credito à su dicho: y sospechando

de

de que le hubiese sobrevenido algun delirio furioso, temian que aquel repentino movimiento era señal de estar cercana su muerte. Llamaron à los Reverendos Padres Capellanes, que en la actualidad se hallaban dentro de la Clausura, asistiendo à otra Religiosa moribunda, y congregandose brevemente todo el Convento, al eco de tan nuevo, y raro suceso, eran varios los juicios que se formaban, viendo tal mudanza, en tan prolongado accidente.

Salieron luego del susto, trocando el Señor sus confusiones, en motivos para magnificar sus misericordias; porque saltando, à vista de todas, la enferma de su lecho, con mucho brio, comenzó à dar pasos por la Celda, rogando à la Prelada, y resto de la Comunidad, que cantasen el *Te Deum laudamus* en accion de gracias. Hicieronlo asi, no sin ternura, y con mucho júbilo, à vista de tal maravilla: y al otro dia amaneció tan cabal en sus sentidos, que recapacitando lo que havia confesado, le pareció que necesitaba expresarle mas al V. P. algunas cosas; por cuyo moti-

vo, lo llamaron segunda vez. En esta atencion, repitió la entrada en el Monasterio, disponiendolo asi el Cielo, segun parece, para multiplicar los prodigios: porque antes que la Religiosa le comunicase duda alguna, le dijo con claridad quanto pasaba por su interior, y con pocas palabras, la dejó llena de consuelo inexplicable. Desde aquella noche cesaron los vomitos, que padecia continuos, quitósele el bulto del vientre, no le molestaron los espantos, quedó con los oídos expertos, y desde entonces pudo tomar alimento de carne, hasta su muerte; siendo asi, que en siete años, que estuvo rendida à la malignidad de la perlesía, solo podia tomar unas lentejas, arroz, ò chocolate, sin tener movimiento mas que para lo muy preciso. La misma Religiosa doliente, que fue la muy Reverenda Madre Sor Nicolasa Altamirano, declaró despues de buena, que quando el V. P. Fr. Antonio entró la segunda vez, y la halló sentada, y sin sordera, no le hizo novedad alguna, ni le habló palabra sobre este punto. Y una Hermana

na suya, que fue Abadesa del expresado Convento, añadió, que rogandole al prodigioso Varon, que le pidiese al Señor, que la enferma mejorase tambien de la vista, por ser tanto lo que padecia, que no podia mirar la luz de la candela sin molestia, le respondió: *La vista se le mejorará quando vea la Cara de Dios.* Asi fue puntualmente, pues nunca mejoró de esta enfermedad, hasta la muerte.

Aquejado de una maligna fiebre un Novicio, Subdito del V. P. en el tiempo que fue Prelado del Colegio de Zacatecas, fueron de sentir los Medicos, que recibiese los Santos Sacramentos sin dilacion alguna, por ser urgente el peligro en que se hallaba. Fue à visitarle el caritativo Prelado, como lo tenia de costumbre, y habiendole dicho un Evangelio, puestas sus manos sobre la cabeza del doliente, renovó al parecer aquel Dón especial de sanar con el contacto de las manos, que Christo concedió à los Apostoles, segun atestiguan las Escrituras Sagradas; porque repentinamente se desapareció la fie-

bre, y quedó recobrado perfectamente el Novicio. De este linage de curaciones testificó el Reverendo Padre Fray Josef Guerra, que hizo muchas el V. P. Fr. Antonio; y la voz común de los Pueblos asegura, que sus manos fueron el remedio de muchas dolencias.

En la Mision, que el bendito Padre hizo en el Pueblo de Acambaro el año de veinte y seis, confesó à una Señora, que à juicio de todos tenia desconcertada la harmonía del entendimiento. Por esta causa dudaban los Religiosos darle la Comunion; y consultando sobre el punto al V. Misionero, les respondió, que bien podian hacerlo. Con esto le dijo un Evangelio sobre la cabeza, y al sentir el contacto de sus manos, se le reintegraron à la paciente las potencias en tanto modo, como si no hubiera padecido achaque alguno.

Haciendo Mision el Siervo del Señor en el Curato de San Francisco Zapotitlan, llegó un Indio llamado Santiago Zambo con su muger, que padecia gota coral, en busca del V. P. Estaba la pobre enferma muy que-

quebrada de color, y llena de cicatrices de las quemadas, y golpes, que se daba, y no podía resistirlos quando le daba el accidente. Suplicaron ambos al Bachillér Don Ignacio Carranza, que les diese forma de hablar al Santo Padre, (segun decian) porque querian pedirle un remedio para aquella enfermedad tan lastimosa. Llevólos el referido Beneficiado para donde estaba el Padre, y movido de compasion, luego que le informaron de todo, la puso à la India las manos en la cabeza, rezandole varias Oraciones, con los Santos Evangelios. Fueron con esto muy consolados, y habiendo pasado algun tiempo, los encontró el expresado Bachillér, que hasta entonces no havia tenido razon alguna de la mejoría de la doliente; y viendola muy robusta, y de buen color, les preguntó: si estaba ya buena de su dolencia? *Si Padre* (respondió el marido) *porque desde que el Padre Santo le puso las manos en la cabeza à mi muger, no le volvió ya el mal, y no solo quedó buena del todo, sino que hemos tambien logrado tener un hijo.*

Tratando de este mismo asunto el Venerable Padre Juan Antonio de Oviedo, en una Informacion, que remitió al Reverendo Padre Espinosa el año de treinta y ocho, confirma la presente materia, con las siguientes palabras: Mucho se hablaba de los prodigios que obraba en Guatemala, y yo puedo asegurar lo que me refirió mi Condiscipulo el Señor Doctor Don Josef Varon de Berrieza, Deán de aquella Santa Iglesia, y Sugeto muy estimado, y aun venerado de toda aquella Ciudad, y Obispado, por su vida egemplar, y grande literatura. Fue el caso, que habiendo enfermado gravemente su hermano Don Juan Varon de Berrieza, y pasado la enfermedad à delirio, ò locura, no pudieron conseguir con medicamentos algunos, que volviese à su juicio. Estando pues, dicho Señor Deán, y todos sus parientes con gran desconsuelo de que muriese sin confesarse, y sin recibir los Santos Sacramentos, entró à visitar al enfermo el V. P. Fr. Antonio, y volviendo luego en sí, se confesó muy de espacio. Por manera, que refiriendo des-

pues

pues el Deán el caso por maravilloso, decía: Yo no soy nada amigo, ni crédulo de milagros; pero habiendo visto lo sucedido, no he podido menos, que tenerlo por gran prodigio.

En la misma Ciudad de Guatemala se llegó à ver tan enfermo Don Thomás de Paz, que lo desahuciaron los Medicos: A tiempo pues que no hallando en lo humano esperanza alguna de alivio, estaban los suyos llenos de confusion, y tristeza, fue entrando el V. P. Fr. Antonio preguntando por el doliente. Dieronle razon de su peligroso estado, y llegandose à la cama, empezó à tirarle lentamente las orejas, diciendole algunas razones consolatorias, procurando alentarle con dulce estilo. Al punto pidió que le hicieran chocolate, y sentandose junto al moribundo, tomó en su compañía algunos tragos. El caso fue, que desde aquel instante quedó el expresado Thomás bueno, y sano, habiendose visto tan descaécido, y à los ultimos, que ya trataban los parientes de disponer el entierro.

Cerca del Realejo, que dista como doce leguas de Leon de

Nicaragua, se hallaba de vuelta del Perú Don Bartholomé de Arana, muy conocido en estos Reynos, por sus procederes honrados. Acometieronle unas recias calenturas en el referido País, à cuya malignidad quedó en breve tan postrado, que se vió compelido à hacer mansion en una choza de un Indio, acrecentando los peligros del accidente, lo caliente de aquella tierra, y lo desabastecido del parage. No encontró en tres dias, que estuvo alli, quien le aplicase una medicina; pero lo que mas angustiaba su christiano corazon, era el hallarse muy distantes los Confesores. En esta mira, lleno de confusion, y de pena, se resolvió à salir el siguiente dia, sin reparar en los corporales quebrantos, desecho de hallar con quien confesarse en la Poblacion primera. Estando en esta determinacion, fue entrando por la choza un Religioso Franciscano, con el Habito ceniciento, que usan los Misioneros en estas Partes, diciendole con buen modo, y donosa gracia: *Por tercianas, y quartanas, no doblan campanas; pero si se doblan, doblan.*

li

Que-

Quedó admirado el Caballero à vista de tan inopinada visita, y mucho mas al ver, que el Religioso se portó con tanta familiaridad, que desde luego le echó los brazos al cuello con mucho amor, diciendole, que hiciese por animarse, y que su accidente no sería de cuidado. Viendo el enfermo estas cariñosas demostraciones de un Sugeto, à quien no havia visto otra vez, ni havia oído su nombre, y en un País de tanta inopia, le preguntó lleno de confusion: *Padre, ¿quién es V. Paternidad?* Respondióle el V. P. que era Fr. Antonio Margil de Jesus, que iba de tránsito por aquellas tierras, y que à la tarde havia de proseguir su camino. *Cómo ha de ser esto,* (replicó luego el afligido doliente) *si yo me quiero confesar. Si eso es,* (dijo entonces el Siervo de Dios) *me estaré aquí hasta el día del Juicio, si fuera menester. Ea, dispongase, y lo confesaré esta tarde.* Con esto lo dejó en quietud, para que examinase su conciencia, y se fue para volver à confesarlo.

Volvió puntualmente à la hora concertada, y así que en-

tró à ver al enfermo, que estaba muy sediento, à causa de la calentura, le pidió una poca de agua con que poder refrigerarse, y mitigar los incendios con que se estaba abrasando. *Esperese un poco,* (respondió Fr. Antonio) y saliendo para fuera, volvió en breve tiempo con un jarro de Guadalajara lleno de agua tan fria, como si fuera de nieve. Tomóle el doliente en las manos, no acabando con la evidencia del caso de dar credito à lo que experimentaba en tan cálida Region, temiendo no le dañase tan excesiva frialdad, por no haver comido en tres días. Con este rezelo, quiso tomar unos bocados de bizcocho, que aún tenia del Perú, y no pudiendo tragarlos, le instó el bendito Padre à que bebiese sin temor, que no le haría mal alguno. Hizolo así, quedando tan refrigerado en el cuerpo, como consolado en el alma, haciendo una confesion à su gusto, y cobrando por instantes tantas fuerzas, que en breve pudo proseguir su derrota, sin olvidar jamás la caridad de su prodigioso Medico, que se le despidió antes de

en-

entrar la noche, para continuar su destino, dejandolo fuera de riesgo, y lleno de admirables consuelos. Ocurrid al sediento, y llevadle agua, los que habitais en la tierra del Austro, dice el Señor por Isaías al cap. 21. Y esto parece haver egecutado este su fiel Ministro en aquella parte austral de Nicaragua, dandole agua tan saludable, y tan fria, al que se abrasaba de sed, que solo pudo en tal ocasion ser agua de milagro.

En busca de los instrumentos de maleficios, que iba descubriendo el Siervo de Dios en el Reyno de Guatemala, salió una mañana con el Corregidor del Partido de Sevaco, y anduvieron por empinados montes, y profundas barrancas, hasta los dos de la tarde, sin haver tomado mas alimento, que un poco de chocolate, por desayuno. Por este motivo, dispuso el Caballero que hiciesen mansion à la sombra de un arbol, para tomar un refresco, por hacer mas cómodo el lugar para este fin un Riachuelo continuo. Adelantó à un Criado para que avisase al V. P. que se detuviese en aquel sitio, à causa

de que, con caminar à pie descalzo, no podian los que iban à caballo igualar sus pasos tan presurosos. Comió el bendito Varon con la Comitiva, y despues se recostó un breve rato en aquel desierto, para descansar de su penosa taréa. Ya que estuvieron para continuar su derrota, llevado el Corregidor de una devota ternura, mandó labrar una Cruz, y que la colocasen en aquel mismo sitio, en que havia estado reclinado un Ministro de Dios tan respectable. Tomó al punto uno de los Criados el machete para formarla, y al destrozarse una rama, se cortó de tal manera el dedo indice de la mano siniestra, que le quedó pendiente de solo el cutis. Con esta novedad tan lastimosa, llamó el Corregidor al P. Fr. Antonio, para que viese aquella desgracia, quando al punto sin conturbarse el V. P. tomó en sus manos el dedo, y se lo juntó exprimiendole la sangre, que corrió con abundante copia, y diciendole con magnanimidad varonil: *No hay que asustarse, que esto es nada.* Pidióle al Caballero unos polvos de tabaco

li 2

de

de su cajuela, y teniendole asido el dedo con una mano, le aplicó con la otra los polvos à la cisura, è hizo la señal de la Cruz sobre la herida, que por entonces quedó abrigada con un pañuelo, mientras llegaban à poblado, para aplicarle remedios mas efectivos.

Adelantóse el Siervo de Dios à pie mientras los que le acompañaban, que todos iban à caballo, recogían, y ensillaban las cabalgaduras para proseguir su caminata. Aun bien no havian caminado como dos quadras, se apartó el Mozo herido bajo de un arbol, llamando à su Amo, y diciendole muy sereno: *Tome Vmd. su pañuelo, que ya tengo el dedo sano.* Viólo con cuidado el Corregidor, y observando, que no havia la menor cicatriz, ó señal de la herida, le encargó el secreto, poseído de una admiracion estraña: apresuro el paso con su Mula, para noticiar al prodigioso Medico el buen efecto de su medicina: dióle alcance, à tiempo que pasaba una cieneguilla, con el lodo à media pierna; y diciendole que ya estaba sano el en-

fermo, levantò el bendito Padre al Cielo los ojos, sin contestar mas à su dicho, que repetir, Dios, Dios, con tanta humildad, y religioso estilo, que nadie se atrevió à hacerle pregunta alguna sobre lo acaecido, ni à hablar en su presencia del caso, mayormente, viendo que, sin la menor detencion, continuaba su viage como un viento. Otro maravilloso suceso, muy parecido à éste, acaeció en el Obispado de Durango. Sucedió que, en uno de aquellos Pueblos, remendando un Zapatero un zapato, se pasó incautamente el dedo con la lesna. Cogióle el dedo el V. Misionero con las manos, y apretandolo algunas veces para exprimitle la sangre, decia al herido, exhortandolo à la paciencia: *Dios querrá que no sea cosa.* Hizo al fin la señal de la Cruz sobre la herida, quedando el paciente sin dolor alguno, y con la cisura tan unida, que no tenia en el dedo la mas minima muestra de la penetrante punzada, dejandonos motivo en uno, y otro suceso, para inferir que fueron milagrosas las curaciones.

En

En quanto à esta gracia, ò Dón de sanidad, advierte el Panegyrico Funeral, que se predicó en Guatemala, y pudiera manifestarlo toda aquella Nobilissima Ciudad, y Reyno, que al contacto de sus consagradas manos curaron varios enfermos, rezandoles un Evangelio, y otras oraciones que acostumbraba en tales casos. Y si se hiciera puntual averiguacion de este asunto por todos los parages que transitó el Siervo de Dios en este dilatado mundo, es voz común que podrían contarse los Testigos à millares; pero como la verdad de la Historia debe fundarse en monumentos dignos de fé, solo escribo los

casos que se han podido averiguar, sin escrupulo de falsedad. Baste saber, que quando el V. P. caminaba haciendo Misiones por el Reyno de Guatemala, llegó à ser tanta la fama de sus prodigios, que quando le solian lavar sus enlodados pies en casa de algun Bienhechor, reservaban el agua que havia servido al ultimo lavatorio, y la daban à los enfermos, con cuyo medicamento curaron muchos de diversas dolencias. Y el Reverendo Padre Espinosa asegura, que estas curaciones fueron muchas, por la piadosa fé de los creyentes, y virtud del P. Fr. Antonio.



CA-